

Isaac de Vega y la narrativa en el medio insular

Autor(en): **Peñate Rivero, Julio**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **16 (1989)**

PDF erstellt am: **16.08.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-259323>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

ISAAC DE VEGA Y LA NARRATIVA EN EL MEDIO INSULAR

I

La especificidad de los espacios insulares suele ser pasada por alto, no siempre de forma justificada. La insularidad lleva consigo un denso bagaje de factores socioculturales cuyas variadas combinaciones a lo largo de los diversos períodos históricos pueden llegar a imprimir un sello particular al pasado insular, a su presente y a su porvenir. Según se aprecia en el texto, ya clásico, de Aubert de la Rüe, *L'homme et les îles*¹, la isla se define tanto por sus características internas como por su separación del exterior, del continente o de otras islas. Esa falta de continuidad espacial significa frecuentemente una limitación en las posibilidades del propio desarrollo: a la reducción de los medios materiales, escasos dada la exigüidad del espacio, se superpone una acusada dependencia del exterior, impuesta históricamente por éste. Así, a unos condicionamientos calificables como «de orden natural» (extensión, clima, limitación de materias primas, fragmentación insular en los archipiélagos, etc.), se añaden otros de orden histórico que se adaptan a los primeros y actúan sobre ellos: las islas, fáciles de abarcar y someter, podían ser empleadas, durante el largo proceso de conquista y colonización con que se inaugura la Edad Moderna, como base de operaciones más ambiciosas, puerto de escala, campo de experimentación de cultivos, de ganadería o de formas de organización económica y social adaptadas al territorio continental en trance de colonización. La población era reducida o controlada con relativa facilidad y un nuevo sistema de vida podía tomar cuerpo sin demasiados obstáculos. Si bien cada espacio insular se organizaba conforme a sus características propias, un factor común los ligaba al menos en cierta medida: su dependencia en relación con una

o varias metrópolis exteriores. Los trabajos de Amin, Bambi-rra, Dos Santos, Cardoso, Frank, Marini, Stavenhagen² y otros han expuesto sobradamente los rasgos globales de un factor histórico cuya vigencia ha sido mucho más acusada en los espacios insulares que en el territorio continental, donde se les ha de considerar con extremada prudencia.

El campo de la producción cultural se ha visto tan profundamente afectado por este fenómeno que no puede ser comprendido sin referencia a él. En efecto, las sociedades centrales no se limitan a implantar un sistema económico apoyado en una determinada estructura jurídica: el conjunto se revelaría demasiado efímero sin una adecuada tarea de legitimación cultural, realizada por los medios de comunicación, las diferentes instancias educativas, las asociaciones legalizadas, etc. Por ejemplo, los medios de difusión de masas transmiten a sus receptores la imagen que las sociedades centrales poseen del medio local. Los receptores en el medio insular hacen suya esta imagen en lugar de elaborar una visión de la realidad de acuerdo con su propia experiencia³. Las voces desviantes tendrán comprometida su supervivencia; rara vez podrán adquirir el estatuto de verdadero medio de comunicación de masas.

El intelectual con dificultad verá reconocida su presencia: el *escritor* raramente se convertirá en *autor* y no sólo porque el número de lectores sea potencialmente reducido sino por un motivo más profundo: no tiene a quien representar, carece de un núcleo humano significativo al que vincularse, de cuya percepción del mundo pueda hacerse eco en su obra. ¿A qué otra cosa aluden algunos escritores cuando exclaman, no sin cierto resentimiento, que en el medio local «no hay materia novelesca, no hay temas»? Probablemente lo que falta es una decantación en varios sectores sociales con proyectos de vida diferentes y hasta opuestos en algunos casos. La revolución industrial oficializó en cierto sentido esa cristalización de intereses a lo largo del siglo XIX en las sociedades europeas. Y no por casualidad es en ese período cuando el intelectual entra oficialmente en escena estrenando ese nombre que le identifica y que consagra su función de reflexión y de crítica⁴. El impulso de esas transformaciones llega al medio insular con retraso y en condiciones más bien desfavorables: por un lado, en ese

medio no se han producido las circunstancias históricas de la metrópoli; por otro, los cauces de transmisión de los acontecimientos metropolitanos suelen vaciarlos de su contenido; por fin, no es infrecuente que movimientos de renovación y de progreso gestados en la metrópoli adquieran en el medio insular un carácter más bien opuesto: en el campo de la ficción, Víctor Hughes, personaje central de la novela *El siglo de las luces*, le permite a Carpentier trazar un verdadero *tipo ideal* según la fórmula de Max Weber, una perfecta síntesis de esta actitud. En definitiva, el intelectual isleño no podrá beneficiarse adecuadamente de un proceso de renovación generado y desarrollado en un contexto muy diferente del suyo.

Las posibilidades de supervivencia para el intelectual serán más bien reducidas: fluctuarán entre la transmisión de contenidos acordes con la situación vigente y la toma de posición frente a esa situación, pasando por la postura de inhibición más o menos consciente. Como es comprensible, la segunda postura resultará la menos proclive a recibir adeptos.

II

Las Islas Canarias son un adecuado paradigma de lo que acabamos de exponer: conquistadas por la Corona de Castilla en 1496, ven diezmada la población autóctona y la implantación generalizada de una forma de vida hasta entonces inédita. Así por ejemplo, la organización económica se va a basar en monocultivos, cuyas variantes a lo largo de los siglos (azúcar, vino, cochinilla, plátano, tomate) obedecen a los intereses mercantiles de las sociedades europeas. A partir de la segunda guerra mundial se instalará el «monocultivo del turismo», con lo que la lógica fundamental permanece invariable aunque la forma y los centros de gravedad se hayan diversificado: Alemania, Inglaterra y Suecia, principalmente, programan y controlan la nueva forma de producción⁵.

En este contexto, el estatuto del intelectual aparece extremadamente precario en las Islas Canarias, al carecer de una infraestructura cultural que le permita ser reconocido como *escritor* y como *autor*⁶. Falto de grupos humanos a los que identificarse, trata de vincularse a contextos de moda a nivel

más internacional que nacional, adaptando sin demasiada eficacia gustos y contenidos sin mayor significación en el medio local. Suele acabar como consumidor de productos degustados en un reducido círculo de allegados. Estos cenáculos, cada uno alimentado por su prometeo particular, se disputarán la consagración a escala local mediante la ocupación de instituciones, medios de comunicación, de educación, etc... Sin embargo, al margen de esta práctica, bastante general, existen comportamientos diferentes. Uno de ellos justifica plenamente nuestra atención: Isaac de Vega (Tenerife, 1920) se ha caracterizado por afrontar su propia condición en el medio insular, con todas sus implicaciones históricas y hace de ello el tema de su obra, sin concesiones de ningún tipo.

A pesar de que un crítico tan ponderado como Eugenio de Nora haya reconocido «su real importancia, tanto por la relevante calidad estética como por su representatividad histórica e ideológica»⁷, la obra de Isaac de Vega sigue sin recibir toda la atención que merece. No obstante, desde 1950, ante un medio indiferente o que le tachaba de autor hermético, difícil, kafkiano, Isaac de Vega ha venido elaborando unos textos densos, de una calidad y riqueza que le hacen merecedor de un puesto preeminente dentro de la narrativa en lengua española y en particular dentro de aquella literatura que ha sabido ser sensible a la singular complejidad del medio insular. Curiosamente, hasta el momento presente, esa narrativa ha sabido dar cuenta de la singularidad insular mejor que los análisis históricos, inevitablemente fragmentarios.

Isaac de Vega huye de los cenáculos y de las intrigas que conducen, no siempre por senderos derechos, a la consagración cultural. Su obra es lo primordial. Se ha podido argüir que la dificultad de los textos es la razón de su desconocimiento... Según ese criterio, Juan Carlos Onetti sería hoy un perfecto desconocido. En realidad, para explicar el fenómeno hay que acudir al medio donde los textos han sido producidos y publicados, a sus condiciones de sociedad periférica y por tanto sin impacto en la industria cultural de las sociedades centrales (al margen de las clásicas excepciones y del gusto por el exotismo⁸). Debemos, por ejemplo, comprender las dificultades materiales de publicación cuando el lector brilla por su ausencia, los mecenas no existen y la aparición en Madrid, París o

Londres es poco menos que utópica... sin olvidar a los escritores «obstinados» en ignorar estos elementos y en elaborar su obra sin ningún respeto por las leyes de la oferta y la demanda, también vigentes en la industria cultural. Tal es el caso de Isaac de Vega.

III

Desde 1950, año de la publicación de su primer cuento, «El alma de las cosas»⁹, Isaac de Vega ha venido suministrando a la prensa diaria y a diversas revistas medio centenar de cuentos, a veces recogidos en antologías literarias locales. La prensa ha sido el medio más idóneo para presentarse ante el eventual lector. Sus columnas han albergado secciones fijas que a veces han facilitado la publicación a varias generaciones de escritores. En una de ellas, «Gaceta Semanal de las Artes», del diario *La Tarde*, publicaría Isaac de Vega, entre 1954 y 1968 más de la mitad de sus narraciones cortas. El ambiente había sido creado por un grupo de activos intelectuales que durante los años treinta formara la «facción española surrealista de Tenerife»¹⁰, con diversas empresas editoriales, entre ellas la revista *Gaceta de Arte*, una de las publicaciones vanguardistas más meritorias durante aquellos años.

Nuestro autor sólo ha interrumpido sus apariciones en la prensa por la preparación y publicación de los seis volúmenes que hasta ahora nos ha entregado: *Fetasa* (1957), *Antes de amanecer* (1965), *Cuatro relatos* (1968), *Parhelios* (1977), *Conjuro en Ijuana* (1981) y *Siempre vivas* (1983)¹¹. A pesar del resto de su obra y de que *Parhelios*, en particular, nos merece tanto o más respeto, Isaac de Vega es conocido como «el autor de *Fetasa*», un apelativo que, dada la complejidad de la obra, ha terminado significando la postergación del texto y del autor¹². *Fetasa* es, en efecto, una novela «extraña» pero los elementos extraños que pueblan su universo ponen de relieve lo que es el centro de gravedad del texto: la alucinante camaradería que reina entre vivos y muertos pone de manifiesto la existencia de una armonía contradictoria presidiendo las relaciones entre elementos incompatibles entre sí, lo cual no impide que funcionen en total cohesión, acepten esa situación y hasta la lleguen a valorar como natural. Un solo personaje de ese mundo

aprecia lo incoherente de su funcionamiento pero, no pudiendo incidir en él, termina adaptándose a tan especial armonía. Lo «extraño» de la novela desaparece si consideramos que se hace eco de un punto neurálgico de la historia y del presente de las islas: a pesar de la existencia objetiva de intereses opuestos entre los distintos sectores de la formación social canaria, los conflictos de fondo nunca han llegado a estallar, ni siquiera cuando parecía inevitable. La emigración, entre otros factores, ha venido constituyendo una eficaz válvula de escape a las tensiones sociales para los momentos de crisis y ello prácticamente desde la colonización de las islas. Se puede afirmar que países como Cuba y Venezuela, los casos mejor estudiados hasta ahora¹³, han servido de tierra de asilo para los descontentos y desfavorecidos tanto económica como políticamente¹⁴ (Caracas, con sus cerca de 300 000 personas procedentes de Canarias, sería la segunda ciudad del archipiélago en población...). Así pues, una novela aparentemente esotérica resulta hallarse enclavada en la más lancinante realidad de las islas. Lo mismo sucederá con el resto de su obra: Isaac de Vega ha probado ser extremadamente sensible ante las dimensiones esenciales de la formación social canaria.

Antes de amanecer prolonga la reflexión anterior representando la lucha interna en que se hallan envueltos los que llegan a percibir las contradicciones señaladas en *Fetasa*: la vacilación entre una postura de evasión o una de rechazo, ambas igualmente insatisfactorias (la evasión, por motivos evidentes de coherencia; el rechazo, por no poderse admitir en el mundo descrito otra forma de rechazo que la puramente intelectual). La ambigüedad de la segunda postura (la adoptada finalmente) muestra con toda honestidad su carácter insatisfactorio pero parece la única posible. En el telón de fondo de la novela aparece la angustiada situación del intelectual en las islas, sus dificultades para existir en cuanto tal si no es claudicando e integrándose efectivamente en alguna de las instituciones más o menos oficiales: una opción susceptible de acarrear la renuncia de hecho a la función crítica del intelectual. Por otro lado, el rechazo puramente teórico aparece dotado de escasa consistencia y fácilmente recuperable o neutralizable por el sistema. La articulación entre existencia y conciencia crítica parece seriamente comprometida en el universo descrito.

Cuatro relatos es una obra de replanteamiento general como medio consciente o inconsciente de salir del callejón a que había conducido la novela anterior. Cada una de las cuatro narraciones explora con lucidez un terreno particular: «La persecución» ilustra de manera dramática la necesidad de fijar intereses globales, de exigencias éticas radicales y de cooperación por encima de planteamientos individuales o particulares. «Mari» presenta tanto la necesidad de una alternativa a la actual forma de vida como el peligro de que la alternativa se desvirtúe y quede reducida a un compromiso con la configuración actual del mundo: una mejora auténtica no parece compatible con la forma de vida vigente. Por su parte, «Miguel y su enano maligno» acentúa la inviabilidad de una alternativa no suficientemente elaborada y confirma que la opción aparecida en *Antes de amanecer*, el rechazo puramente intelectual, conduce en última instancia a la integración intelectual y práctica. «La posesión» ocupa un lugar aparte dentro de este conjunto de relatos: anticipa toda una gama de elementos que se han de desarrollar en *Parhelios*: asistimos a tensiones entre sectores privilegiados del universo narrativo, tensiones propiciadas por fuerzas exteriores incontrolables, una estratificación jerárquica bastante rígida entre los miembros de la colectividad y amagos de reacción por parte de sus miembros menos favorecidos, aunque esa reacción viene a ser en realidad una manipulación urdida por una parte de los sectores privilegiados, que pretende fortalecer su propia situación frente a la otra parte.

Parhelios, la obra de madurez y de mayor elaboración formal de Vega hasta el momento, afina y desarrolla todos estos ingredientes con sobriedad y maestría singulares. Sus líneas de fuerza se pueden resumir indicando que el conjunto de la novela gira en torno a la oposición entre un proyecto oculto y un proyecto manifiesto, sirviendo éste de cobertura al primero para que sus artífices, los sectores más favorecidos con la estructuración actual de la colectividad, logren el segundo: el proyecto de bienestar general viene a ser un señuelo para mantener inalterable la presente disposición del mundo descrito. Con ese fin se emplea toda una amplia serie de finas estrategias que surten el efecto deseado. Sólo algunos miembros de la colectividad escapan a la sutileza del engaño pero

carecen de medios adecuados para actuar. No obstante, optan por realizar alguna actividad al menos como medio para demostrarse que siguen existiendo. El carácter inadecuado de su acción resaltarán, con la dificultad de hallar una alternativa adecuada, la necesidad inapelable de seguir buscándola.

Conjuro en Ijuana y *Siempre vivas* son colecciones de cuentos donde la densidad y la capacidad de síntesis y de concisión de Isaac de Vega se revelan al máximo. Ya que no es posible resumirlos aquí, retengamos que, como característica central en buena parte de ellos, se halla presente la oposición entre, por un lado, la progresiva solidificación y endurecimiento de la presente organización del mundo narrado (con el lógico aumento de la dificultad para modificarlo) y, por otro, el surgimiento de potencialidades de reacción totalmente inesperadas, procedentes de los seres en apariencia menos aptos para ello. Estas potencialidades impiden considerar el futuro como totalmente cerrado y significan una variación de peso frente al conformismo como práctica generalizada, que era casi de regla en la obra anterior de Isaac de Vega.

Los textos precisan, sin embargo, el carácter embrionario de ese nuevo elemento y, además, resaltan la probada capacidad del sistema para bloquear las manifestaciones discordantes¹⁵.

La obra de Isaac de Vega se cierra por el momento con la afirmación de esa dimensión y la acentuación de la crítica de las posturas inhibitorias, incapaces de plantear una acción de rechazo. La narración *Oleágine* (1984)¹⁶ así parece confirmarlo.

IV

En conjunto la producción de Isaac de Vega por una parte recoge y expresa componentes esenciales de la formación social canaria y, por otra, presenta un punto de vista frente a su problemática.

En cuanto al primer aspecto, Isaac de Vega se hace eco de la presencia de fuerzas exteriores que, tanto en sus textos como en la realidad extranarrativa, actúan como la auténtica cúspide, como auténtico centro nervioso del sistema. La dependencia histórica de las islas ante diversas sociedades centrales (España, Inglaterra, Francia, Alemania, Suecia, etc.) corro-

bora la gravedad de una tradición secular que se acentúa con los años, particularmente desde el desarrollo del turismo, factor que ha provocado una auténtica invasión de capital transnacional. Igualmente, en la obra de Vega ese elemento, al principio poco relevante, cobra cada vez más importancia hasta resultar agobiante en los últimos textos. Añadamos enseguida que esa misma sensibilidad histórica le permite representar las disensiones realmente existentes entre las diversas fracciones dirigentes de la vida local: fenómeno constante en la historia de Canarias desde principios del siglo XIX; su manifestación más palpable es la rivalidad interprovincial, hecho que sistemáticamente impide la adopción de criterios y acciones comunes para resolver los agudos problemas del archipiélago¹⁷. Igualmente, las potencialidades a que hemos hecho alusión parecen recoger los sucesivos cuestionamientos de la situación sociocultural que han venido emergiendo, entre dudas y vacilaciones, entre inmadurez e inconstancia, en el transcurso de los años setenta¹⁸. Las tensiones centrales del texto literario corresponden, por tanto, a una realidad existente en el medio humano donde se halla el autor.

Pero hemos indicado que la narrativa de Isaac de Vega también presenta un punto de vista en relación con la colectividad humana de las islas. No podría tratarse de una visión perfectamente informada y objetiva, no sólo por la dificultad esencial de llegar a semejante percepción de la realidad sino también porque, en el caso de Canarias, buena parte de la historia local se encuentra sin ser investigada; baste señalar que las únicas publicaciones con ambición de historia global pertenecen a los siglos XVIII y XIX¹⁹. Por tanto, ese aspecto «historiográfico» debe ser matizado y no nos parece que sea el esencial de una obra literaria aunque esté directa o indirectamente presente. Mayor interés reviste el punto de vista, es decir, la visión que Isaac de Vega transmite de esa realidad, visión que no coincide demasiado con la de aquellos sectores sociales beneficiados con la actual configuración de la sociedad canaria; más bien le sitúa entre los grupos partidarios de una reestructuración global, «grupos» particularmente inconsistentes, sin mayor contacto entre sí, unas veces divididos a causa de problemas de dudosa trascendencia y otras mutuamente ignorantes de su existencia.

Más precisamente, podríamos decir que los textos de Isaac de Vega recogen la visión que parte de los intelectuales insulares tienen de su propia situación dentro de la sociedad local: su escaso relieve público, la ambigüedad de su práctica y, sobre todo, el verdadero aislamiento en que se encuentran respecto al resto del cuerpo social, aislamiento más agudo y más dramático que el existente en relación con el exterior.

Ahora bien, la narrativa veguiana supera el marco estrecho de un reducido grupo de individuos «sin demasiado relieve social»; muy al contrario, interesa también a todos los estamentos que sufren la vigente estructuración de la sociedad local. Dicha estructuración, por otra parte, condiciona estrechamente la precariedad de la posición del intelectual: le priva de su «clientela» (que no puede leerle, por razones económicas, culturales o de falta de información), una clientela que es, en definitiva, la que convierte al escritor en autor. Existe para ambos una básica coincidencia de interés por deshacerse de las limitaciones que les oprimen. Para ambos la actual estructuración es presentada en la obra de nuestro autor como básicamente negativa y en contradicción con las eventuales posibilidades de mejora.

Bajo esta perspectiva se nos revela la auténtica significación de la narrativa de Isaac de Vega, su capacidad de ligar la problemática de una determinada categoría social a la del conjunto donde se integra y, en particular, a la de los sectores más directamente afectados por ella. Tal vez esa articulación resulte ser una de las condiciones que permitan acercarse a anhelos humanos tan bellamente sugeridos en *Fetasa*:

Ha descubierto un manantial de alegría que nunca se seca, que los pequeños acontecimientos, y aun los mayores, no perturban sino momentáneamente. Es un manantial interno que brota de sí mismo, pero en relación con toda la naturaleza circundante, que sólo dentro de su diáfano ambiente puede manifestarse, que necesita de su aire especial, de su luz aborígen, de su inmensidad ilimitable (pp. 102–103)²⁰.

La producción veguiana es representativa de las narrativas insulares ya que ilustra los condicionamientos que pesan sobre ellas: limitaciones materiales, ausencia de industria cultural, de público, de reconocimiento social, su función implícita de

refuerzo del sistema, la dependencia del exterior a nivel de modos de expresión, de recursos técnicos, sin olvidar la dificultad de imponerse desde la isla en las sociedades centrales y en los centros de difusión cultural, la ignorancia o la rivalidad interna entre los distintos y reducidos círculos intelectuales, la falta general de estímulos, etc.

Pero también es representativa porque su materia y su forma son reflexiones sobre la condición insular. Es decir, podemos acercarnos a la condición insular considerando la obra no sólo como objeto de estudio sino incluso como lúcido estudio del objeto: Isaac de Vega ha profundizado en él a lo largo de más de treinta años de tesonera labor, sorteando los numerosos obstáculos que le han salido al paso, empezando por el propio desaliento. De esa fidelidad a sí mismo, a su espacio vital y a su propia historia se nutre su producción. Todo ello a base de una gran exigencia literaria y de una gran sobriedad en la construcción de sus textos, nunca fáciles, a veces desorientadores, siempre de gran relieve intelectual, representativos de los problemas básicos de su época a través del microcosmos canario, ya de por sí tan complejo y lleno de matices... según nos muestra la misma obra de Isaac de Vega. El lector puede hoy felicitarle de su existencia y enriquecerse con su lectura.

V

Si bien en las páginas precedentes hemos concentrado nuestra atención en Isaac de Vega, ello no significa que se trate de un caso aislado, del único narrador de gran interés en las Islas Canarias: ya hemos sugerido que, dadas las dificultades de edición y de conocimiento en el exterior, no conviene confundir la posible falta de información que sobre la literatura isleña se tiene con la ausencia de una producción literaria de significación innegable. Si nos limitamos al presente siglo, tal vez las líneas fuerza de la narrativa isleña pasen por los nombres de Alonso Quesada (1886–1925), con una importante obra narrativa además de la lírica²¹, Agustín Espinosa (1897–1939), narrador tan riguroso como ensayista documentado²², Angel Guerra (1874–1955), crítico literario y autor dramático además de narrador²³, Isaac de Vega (también con una notable

labor crítica en las páginas del diario *La Tarde*) y Rafael Arozarena (1923), autor de una amplia producción lírica además de narraciones cortas y de dos novelas que no enrojecen ante la comparación con las más valoradas en el siglo actual²⁴. Pero a estos nombres hay que añadir otros, cuyo mayor demérito tal vez sea el de estar menos estudiados: los hermanos Millares, Miguel Sarmiento, Leoncio Rodríguez, Mercedes Pinto, Natalia Sosa, Julio Tovar, Juan Sosa Suárez, Vicente Jiménez, Antonio Bermejo y Alfonso García Ramos, entre tantos otros autores casi desconocidos.

Con todos estos precedentes no es de extrañar que durante la década de los setenta surja en Canarias un movimiento literario conocido bajo la etiqueta de «Nueva Narrativa Canaria», y que no obedeció (contra lo que se pudo temer en un principio) a una simple operación editorial ni a un remedo de la nueva narrativa latinoamericana, sino al impulso de nuevas generaciones de creadores, a inéditas posibilidades editoriales y a un notorio aumento de atención por parte de las instituciones y del público lector. Luis Alemany, Alberto, Omar, Juan Cruz Ruiz, J.J. Armas Marcelo, Víctor Ramírez, Luis Ortega, Fernando G. Delgado, Juan Manuel García Ramos, Luis León Barreto, Félix Francisco Casanova, Alfonso O'Shanahan y Juan P. Castañeda forman parte de los autores que, con una obra concretada ya en varias entregas, han demostrado tener méritos suficientes para atraer la atención de la crítica.

Diversos medios de comunicación de masas y revistas literarias ya han destacado el interés de esta narrativa²⁵. Sólo falta saber hasta qué punto la crítica es capaz de estar atenta a la presente hora literaria. Analizarla y comprenderla es parte irrenunciable de su cometido²⁶.

Julio Peñate Rivero
Universidad de Neuchâtel

NOTAS

¹ E. Aubert de la Rüe: *L'homme et les îles*, París, Gallimard, 1935.

² Ver los textos más representativos: Samir Amin: *La acumulación a escala mundial*, Madrid, S. XXI, 1974; Vania Bambirra: *El capitalismo dependiente latinoamericano*, México, S. XXI, 1974; Theotonio dos Santos: *Imperialismo y dependencia*, México, Era, 1978; Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto: *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, S. XXI, 1969; A. Gunder Frank: *Acumulación dependiente y subdesarrollo*, México, Era, 1979; Mauro Marini: *Dialéctica de la dependencia*, México, S. XXI, 1977; R. Stavenhagen: *Les classes sociales dans les sociétés agraires*, París, Anthropos, 1969.

³ Angel Sánchez Rivero: *Ensayos sobre cultura canaria*, Las Palmas, Edirca, 1983 (en particular su estudio sobre Frantz Fanon: pp. 173–232).

⁴ Labor crítica y función del intelectual aparecen estrechamente ligadas desde la consagración pública del término («Manifeste des intellectuels», enero de 1898). Para una historia de este concepto: Louis Bodin: *Les intellectuels*, París, P.U.F., 1962.

⁵ J. A. Rodríguez Martín y M. Sánchez Padrón: «La economía canaria» en *Información Comercial Española*, 543, noviembre de 1978, pp. 12–39; Ignacio Nadal y Carlos Guitián: *El sur de Gran Canaria: entre el turismo y la marginación*, Las Palmas, C.I.E.S., 1983.

⁶ Jacques Dubois: «Vers une théorie de l'institution» en Claude Duchet: *Sociocritique*, París, Nathan, 1979, pp. 159–171.

⁷ Eugenio de Nora: «Prólogo» en Julio Peñate Rivero: *Isaac de Vega: Dependencia y Literatura en Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura del Cabildo, 1982, p. 13.

⁸ Ilustrativo, para captar la percepción del medio insular latinoamericano en Europa, es el contenido del estudio de Thomas Bremer: «Haití como paradigma. La emancipación de los esclavos en el Caribe y la literatura europea» en José Manuel López y Julio Peñate Rivero: *Perspectivas de comprensión y de explicación de la narrativa latinoamericana*, Bellinzona, Casa-grande, 1982, pp. 43–66.

⁹ Isaac de Vega: «El alma de las cosas» en *Tenerife Gráfico*, 21, febrero-marzo de 1950.

¹⁰ Este movimiento ha sido descrito por Domingo Pérez Minik: *La facción española surrealista de Tenerife*, Barcelona, Tusquets, 1975.

¹¹ Isaac de Vega: *Fetasa*, Santa Cruz de Tenerife, Goya Ediciones, 1957 (edición en conjunto con dos novelas de otros autores); *Antes de amanecer*, Santa Cruz de Tenerife, Gaceta Semanal de las Artes, 1965; *Cuatro relatos*, Santa Cruz de Tenerife, Nuestro Arte, 1968; *Parhelios*, Madrid, Taller Ediciones JB, 1977; *Conjuro en Ijuana*, Santa Cruz de Tenerife, Liminar, 1981; *Siempre vivas*, Santa Cruz de Tenerife, Interinsular Canaria, 1983.

¹² La crítica insular, en general de carácter notarial, no reaccionó hasta la segunda edición de *Fetasa* (Las Palmas, Inventarios Provisionales, 1973). Para una bibliografía de la crítica sobre Vega, ver el volumen colectivo *Fetasianos*, Los Realejos, Nilo Palenzuela Editor, 1982, pp. 219–220.

¹³ Julio Hernández García: *La emigración canaria en el siglo XIX*, Las Palmas, Cabildo Insular, 1981.

¹⁴ Ver, por ejemplo, la biografía de Secundino Delgado por Manuel Suárez: *Secundino Delgado. Apuntes para la biografía del padre de la nacionalidad canaria*, La Laguna, Cándido Hernández Editor, 1980.

¹⁵ Ver a este propósito cuentos como «El expectante» (en *Conjuro en Ijuana*), «La sola justicia» (en *Siempre vivas*) o *Emmanuel*, editado este último por Ricardo García Luis, en Santa Cruz de Tenerife, 1982.

¹⁶ Isaac de Vega: *Oleagine* (cuento), Granadilla, Ayuntamiento de Granadilla, 1984.

¹⁷ Marcos Guimerá Peraza: *El Pleito Insular*, Santa Cruz de Tenerife, Caja General de Ahorros, 1976.

¹⁸ Recordaremos los planteamientos mantenidos en el Primer Congreso de Poesía Canaria (La Laguna, 1976), las polémicas en torno al Congreso Internacional de Escritores (Las Palmas, 1979) y las discusiones del Primer Encuentro de Narrativa Canaria (La Laguna, 1982).

¹⁹ José de Viera y Clavijo: *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, Madrid, 1772–1783; Agustín Millares Torres: *Historia General de las Islas Canarias*, Las Palmas, 1893–1895.

²⁰ La cita corresponde a la edición de 1973, *Inventarios Provisionales*, Las Palmas. La novela ha sido editada por tercera vez en Santa Cruz de Tenerife, Interinsular Canaria, 1984.

²¹ Alonso Quesada: *Smoking-room*, Las Palmas, Fables Ediciones, 1972; *Las inquietudes del hall*, Las Palmas, edic. conjunta de varias entidades, 1975. Dejó además inconclusa *Banana Warehouse*, escrita en colaboración con Juan Rodríguez Yáñez.

²² Agustín Espinosa: *Crimen. Lancelot 28º–7º. Media hora jugando a los dados*, Madrid, Taller Ediciones JB, 1974.

²³ Angel Guerra: *La lapa*, Madrid, Cátedra, 1978. Otras narraciones como *Al sol* (1900), *Al jallo* (1907), *De mar a mar* (1908) no se han vuelto a editar.

²⁴ Rafael Arozarena: *Mararía*, Barcelona, Noguer, 1973. Ha tenido dos ediciones posteriores: Las Palmas, Edirca, 1982 y Santa Cruz de Tenerife, Interinsular Canaria, 1983. Su otra novela publicada es: *Cerveza de grano rojo*, Santa Cruz de Tenerife, Interinsular Canaria, 1984. También ha publicado una amplia serie de narraciones cortas en las revistas y en la prensa insular; ver su relación en *Fetasianos* (Cfr. nota 12), pp. 110–113.

²⁵ Entre las revistas, recordaremos que *Camp de l'Arpa*, publicó ya en su número de agosto-septiembre de 1973 un artículo de Jorge Rodríguez Padrón con el expresivo título de «Informe objetivo (dentro de lo que cabe) sobre la nueva narrativa canaria». En cuanto a la prensa diaria, *El País*, además de las tradicionales reseñas, publicó el 11 de diciembre de 1984 la colaboración de Carmelo Martín «La literatura canaria actual. Entre la normalización y la clandestinidad».

²⁶ Tal vez cierto deseo de rigor nos haya llevado a no incluir autores que el lector informado esperaba encontrar aquí. Consideramos que aspectos tales como «el asunto» o algunos rasgos léxicos no bastan para vincular las obras

literarias a una colectividad humana determinada (sin perjuicio de su posible «universalidad»). Nos parece más adecuado hacerlo a partir de dimensiones como la estructuración del universo narrativo y su articulación con el medio extraliterario. De ahí que parte de la producción de Enrique Nácher o Claudio de la Torre no resulte significativa a este respecto.

Lo mismo cabría decir de escritos por otra parte tan sugestivos como, por ejemplo, *Cuadernos de Godo* o *Parte de una historia*, de Ignacio Aldecoa, sin olvidar las comedias de Lope de Vega con tema isleño (*San Diego de Alcalá* y *Los guanches de Tenerife y la conquista de Canarias*) o la comedia de José de Cañizares, dramaturgo del siglo XVIII, *El picarillo en España, Señor de la Gran Canaria*. La abundante literatura de ambiente isleño formaría también «parte de una historia» que está por hacer.

